

1. EL PERRO

UN TENUE RESPLANDOR APARECIÓ A LO LEJOS EN EL CIELO NEGRO Y SIN nubes sobre Berlín oriental cuando Frank Lehmann, al que últimamente todos llamaban señor Lehmann porque iba diciendo por ahí que pronto cumpliría treinta años, atravesó la Lausitzer Platz camino de su casa. Estaba cansado y embotado. Venía de trabajar en el Einfall, uno de los garitos de la Wiener Strasse, y se le había hecho tarde. No ha sido una buena noche, pensaba al pisar el lado oeste de la Lausitzer Platz. Trabajar con Erwin no es ninguna maravilla, siguió rumiando. Erwin es idiota. De hecho, todos los dueños de garitos son idiotas, pensó el señor Lehmann al pasar por delante de la enorme iglesia que dominaba la plaza. No debía haberme tomado esos chupitos, se dijo. Por más que Erwin insistiera, no debía habérmelos tomado. La vista se le nubló al mirar la alta verja de metal de la cancha de fútbol. No iba rápido, las piernas le pesaban por el trabajo y el alcohol. Lo de los licores ha sido una estupidez, pensó el señor Lehmann. Tequila y fernet. Mañana será aún peor. Trabajar y tomar licores son dos actividades difíciles de compaginar. Todo lo que sea pasar de la cerveza es un error. Un tipo como Erwin no debería convencer a sus empleados para que tomen licores. Se hace el generoso invitando a la gente a chupitos, pero en realidad no es más que un pretexto para ponerse tibio,

cavilaba el señor Lehmann. Aunque tampoco es justo echarle la culpa a Erwin, recapacitó. Tratándose de licores, al final el culpable siempre es uno mismo.

Lo que hace hombre al hombre es el libre albedrío, pensó el señor Lehmann poco antes de llegar al otro lado de la Lausitzer Platz. Cada uno sabe lo que debe hacer y lo que no, y el mero hecho de que Erwin sea imbécil y se empeñe en que todo el mundo tome chupitos no lo convierte en culpable, pensó, y entonces recordó con satisfacción que se había metido de extranjis una botella de whisky en el amplio bolsillo interior de su largo abrigo, decididamente demasiado abrigado para un día de septiembre. A él el whisky ni le iba ni le venía, se había propuesto no beber alcohol de alta graduación en una temporadita, pero de todos modos Erwin merecía un escarmiento, y así tendría una botella que regalarle a su amigo del alma Karl, en caso de necesidad.

Entonces vio al perro. El señor Lehmann, al que últimamente llamaban así a pesar de que quienes lo hacían no eran mucho más jóvenes y de que, por ejemplo, su amigo del alma Karl y el propio Erwin eran mayores que él, no era ningún entendido en razas caninas, aunque, aun con la mejor voluntad, tenía serias dudas de que alguien se hubiera podido dedicar a criar semejante animal: su descomunal cabeza estaba dotada de unas fauces robustas y babeantes, y dos largas orejas similares a dos hojas mustias de lechuga le caían a los lados. Tenía el cuerpo rechoncho, y el lomo tan ancho que podía colocársele encima una botella de whisky sin temor a que se cayera; en cambio las piernas eran delgadas y cortas, y salían de ese cilindro como lápices partidos por la mitad. El señor Lehmann, a quien no le hacía ninguna gracia que ahora le llamaran así, jamás había visto un perro tan feo. Tras el susto inicial, optó por quedarse quieto; nunca se había fiado demasiado de los perros, y este además le estaba gruñendo.

Vamos, no la cagues ahora, pensó el señor Lehmann, quien por otra parte no le veía el menor sentido a animarse a sí mismo con

una estúpida arenga. Míralo fijamente a los ojos, seguro que se amedrenta, se dijo mientras fijaba la vista en los dos puntos negros y brillantes situados en el cráneo de su adversario. El animal subía y bajaba los belfos al ritmo de los gruñidos sin apartar la vista. Estaban a tres pasos de distancia. El perro no se movía. El señor Lehmann tampoco. No dejes de mirarlo y pasa por delante de él como si nada, pensó el señor Lehmann. Dio un paso hacia un lado. El perro empezó a gruñir más fuerte; hizo un sonido malévolo y enervante. No debe notar nada, si él percibe miedo lo empleará en su favor; un par de pasitos de lado más sin dejar de mirarlo a los ojos y luego hacia delante sin titubear, pensó el señor Lehmann. Pero entonces el perro se desplazó un poco y volvieron a estar frente a frente.

9

No me va a dejar pasar, pensó el señor Lehmann, que no tenía la menor intención de montar una gran fiesta con motivo de su inminente treinta cumpleaños, pues estaba convencido de que era un cumpleaños más y nunca le había gustado celebrarlos. Esto es ridículo, no es justo que me pase a mí, yo no he hecho nada, recapitó el señor Lehmann. Observó los enormes dientes amarillentos y no pudo evitar estremecerse al imaginar las mandíbulas del animal cerrándose sobre su pierna, su brazo, su cuello o sus..., sí, también temió por sus huevos. A saber qué clase de perro es, puede que lo hayan adiestrado para matar, saltarle a uno a los huevos o engancharle la arteria principal del brazo y desgarrársela... De ser así moriré desangrado en medio de la Lausitzer Platz, en la que, por cierto, no se ve un alma. La plaza está desierta, pensó. Quién va a pasar por aquí un domingo de madrugada. Los bares ya están cerrados. Salvo algunos días el Abfall, el último en cerrar es el Einfall, pero no se puede contar con el Abfall, pensó. A estas horas por aquí solo merodean psicópatas, berlineses perturbados que adiestran a sus perros para matar, pervertidos que se la menean detrás de un seto mientras miran cómo su sanguinario perro pone en práctica el juego letal que le han enseñado, pensó el señor Lehmann.

—¿De quién es el perro? ¿DE QUIÉN ES ESTE PUTO PERRO?
—exclamó en medio de la solitaria plaza. Pero nadie contestó, salvo el perro, que empezó a gruñir más fuerte. Entonces el animal sacudió la cabeza y sus ojos se volvieron rojos como tizones incandescentes.

10 Haz el favor de calmarte, se dijo a sí mismo el señor Lehmann. Ha girado la cabeza y ahora la luz le da en las retinas, pensó. No son más que las retinas, las estúpidas retinas. Las retinas son rojas por el caroteno, la vitamina A y todo eso que es bueno para los ojos. Un vago recuerdo de sus años de escuela. Siempre había sido bueno en biología, pero ya hacía mucho de eso. La biología. ¿De qué coño me sirve ahora la biología?, pensó. Lo que tengo que hacer es largarme de aquí cuanto antes. En ese momento se apoderó de él un fuerte deseo hasta entonces nunca experimentado de llegar a su casa, un estudio en la Eisenbahnstrasse en el que le esperaban sus libros y su cama vacía, a no más de cien metros de donde ahora un perro amenazaba su vida.

Si no me va a dejar pasar, lo mejor será que dé la vuelta, pensó el señor Lehmann, al que antes todos llamaban Frank a secas, hasta que, por culpa de ese chiste pueril, empezaron a llamarle señor Lehmann. Repasó mentalmente el largo rodeo que tenía que dar para esquivar a la fiera rabiosa de la Lausitzer Platz: la Waldemarstrasse, la Pücklerstrasse, la Wrangelstrasse. Luego entro en la Eisenbahnstrasse por el otro lado... Está chupado, pensó. A veces, una retirada a tiempo vale más que un ataque; una retirada táctica puede ser la mejor estrategia para lograr la victoria, pensó el señor Lehmann. Solo había un problema: no se atrevía a darse la vuelta. Pues no lo hagas, tú no dejes de mirarlo a los ojos, se dijo mientras daba unos pasitos hacia atrás con sumo cuidado; pero entonces el perro dio unos pasitos hacia él sin dejar de gruñir. No te precipites, pensó el señor Lehmann, que empezaba a añorar el barreño en el que, desde hacía un tiempo, metía los pies en agua caliente des-

pués del trabajo; aunque, en su situación, dudaba de si volvería a disfrutar de él. Nada de prisas, pensó sin ceder al instinto de darse la vuelta y echar a correr sin más. Eso sería fatal, pensó. El perro es más rápido que yo. No tardará en alcanzarme, se me abalanzará por la espalda y no podré defenderme, y eso no es bueno. Después de un par de pasitos más, el perro, que para entonces ya había enriquecido sus gruñidos con algún que otro ladrido, avanzó hacia él y lo rodeó con la cabeza gacha, de modo que, para poder seguir mirándolo a los ojos, el señor Lehmann tuvo que girar sobre los talones hasta situarse de nuevo frente a él. De acuerdo, iré en la otra dirección, al fin y al cabo es hacia donde me dirigía, pensó el señor Lehmann. Fue dar dos pasos hacia atrás y la jugada se repitió a la inversa: el perro lo rodeó, el señor Lehmann giró sobre sí mismo, y otra vez volvieron a la posición de salida. Voy a tener que solucionarlo hablando, pensó el señor Lehmann.

11

—Haz el favor de escucharme —dijo con voz grave y quisiera Dios que tranquilizadora.

El perro se sentó. Así me gusta, pensó el señor Lehmann.

—Te comprendo muy bien, tú tampoco lo has tenido fácil.

Se llevó la mano al bolsillo del abrigo en busca de algo que darle al perro. A veces un pequeño soborno ayuda. No tiene por qué ser necesariamente algo de comer, pensó. Quizá solo quiera jugar, los dueños de este tipo de perros siempre están diciendo eso, que solo quieren jugar... Pero no encontró nada salvo sus llaves y la botella de whisky, ya que, muy a su pesar, no era de esos que se meten en los bolsillos todas las porquerías que ven, luego se olvidan de habérselas guardado y al cabo de los años se las encuentran. El perro empezó a ponerse nervioso, así que el señor Lehmann dejó de hurgarse en los bolsillos.

—Quédate tranquilo y vuelve a sentarte, solo quería ver si tenía algo para ti. Seguro que alguna vez tu amito o tu amita te ha dado alguna cosita. El amito, la amita, la cosita... Por el amor de Dios, no sé

de dónde sale esa forma de hablar, así no hay quien se ponga en situación.

Pero al perro no pareció importarle lo más mínimo; extendió las escuetas patas delanteras y su abultado vientre chocó contra el asfalto.

—Eso es, échate de una vez —dijo el señor Lehmann, para el que estar echado había sido en los últimos años una de sus actividades favoritas, al tiempo que, sin parar de hablar, se iba apartando a un lado con movimientos casi imperceptibles de los pies.

12 —Lo último que haría sería molestar a un perro cansado. Duerme, perrito, duerme... Sé lo que es estar cansado. Yo también he tenido un día duro, yo también estoy cansado, pero tú, cagoncete, tú debes de estar agotado... —Poco a poco fue alejándose del animal—. Solo Dios sabe lo agotador que es ir por ahí correteando y amenazando a la gente, menuda mierda, pero ahora estoy casi a un metro de ti, me he movido hacia la izquierda, y voy a dar un pasito diminuto hacia delante y tú te quedarás dormido, ¿ves qué fácil?, ahora voy a dar otro y luego otro...

El perro se quedó un rato observando al señor Lehmann. Después, haciendo gala de una potencia y una velocidad de las que el señor Lehmann jamás habría creído capaz a un animal con esas ridículas patitas, dio un salto y empezó a gruñir y a ladrar con tal agresividad que, de puro miedo, el señor Lehmann montó en cólera.

—¡JODER! ¡QUE ALGUIEN ME quite a este puto perro de en medio! ¡QUITADME A ESTE PERRO DE MIERDA DE EN MEDIO, JODER! ¡ME CAGO EN LA PUTA! —gritó a garganta pelada en la plaza desierta—. ¡Y TÚ, CIERRA LA PUTA BOCA DE UNA VEZ! —le gruñó al perro, que enmudeció de golpe.

El señor Lehmann recuperó la calma. Tengo que controlarme, pensó. No debo perder los nervios.

—Comprenderás que una situación así vuelve agresivo a cualquiera —dijo disculpándose.

El perro volvió a sentarse. El señor Lehmann, a quien los pies lo estaban matando, sentía las piernas como de plomo y le dolían todos los huesos igual que si le hubieran dado una paliza, se puso en cuclillas para al menos descargar las piernas. Pero no sirvió de mucho, acabó sintiéndose aún más incómodo. Ahora ya qué más da, nada me impide sentarme en el suelo, pensó. Así que se dejó caer hacia atrás y se sentó cruzando las piernas a lo Buda. Si alguien me ve así, va a tomarme por el más tirado de los vagabundos, imaginó por un momento. El frío del cemento debajo de su culo no tardó en extenderse a todo el cuerpo. Ahora es el momento más frío del día, pensó mientras olisqueaba el faldón de su abrigo para sentarse en él. Por más que por el día haga calor, a estas horas hace un frío de cojones. Y qué claridad... Debe de ser tardísimo, pensó el señor Lehmann. Entonces reparó en la cantidad de pájaros que había; estaban por todas partes: posados en las ramas de los árboles, en los setos, en lo alto de la verja de la cancha de fútbol, en los bancos agrupados formando un semicírculo no muy lejos del señor Lehmann, donde por el día se sentaban vagabundos o ancianos, y a veces todos a la vez. No veo que vuelen, pensó el señor Lehmann. Se limitan a estar posados y armar ruido, y menudo ruido arman. Mira que hay animales en esta ciudad, observó al ver dos sombras, probablemente conejos, corretear por la pradera que se extendía delante de la iglesia.

—¿Y tú por qué no vas a cazar conejos? —le preguntó al perro, que se había estirado cuan largo era y tenía la cabeza en el suelo entre las patas delanteras.

De pronto, el señor Lehmann se acordó de la tan innoblemente adquirida botella de whisky. La sacó de su abrigo, desenroscó el tapón y le dio un buen trago para combatir el frío.

—No te preocupes, es igual —le explicó al perro—. Probablemente seas demasiado tonto o demasiado lento para los conejos. Con esas patas no se pueden hacer milagros.

El whisky le supo fatal, como todos los licores en general. En eso el señor Lehmann no hacía distinciones. Pero necesitaba algo de calor interior y mitigar el dolor de cabeza que, en su caso, siempre precedía a la resaca del día siguiente.

—¿Sabes a qué me recuerdas? A esos animalitos que hacen los niños con las castañas. Les clavan cuatro cerillas a modo de patas y listo —le dijo al perro el señor Lehmann, que cada vez se sorprendía más a menudo recordando su infancia con cierta nostalgia en vez de con el profundo rechazo de antes—. Si echara a correr ahora mismo, vete a saber si me cogerías, con esas patas no sé yo.

14 El señor Lehmann le dio otro trago a la botella. El perro siguió impasible.

—Yo tampoco soy demasiado rápido —dijo el señor Lehmann por decir algo—. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

Apoyó la botella en el suelo, estiró las piernas y se abrazó a sí mismo. El perro lo miró amistosamente.

—Quizá debiéramos determinar cómo te llamas —dijo el señor Lehmann, convencido de que era una gran idea.

Tengo que averiguar cómo se llama, solo así daremos por terminada esta mierda, caviló. Si doy con su nombre me ganará su confianza. Lleva collar, luego tiene amo, luego tiene nombre. Si lo llamo por su nombre me tomará por alguien familiar: él es la autoridad, pensará.

—*¡Bello!* —propuso el señor Lehmann.

El perro no movió ni un pelo.

—*¿Feo?*

Nada.

Entonces el señor Lehmann oyó pasos. Venían de detrás. Al volver la cabeza vio que se acercaba una mujer, una mujer gorda con un sayo y la cabeza cubierta con un pañuelo. Una mujer. Quizá ella pueda salvarme, pensó el señor Lehmann. Aunque estar sentado en el suelo con una botella de whisky no era la mejor tarjeta de

presentación, el señor Lehmann no se levantó: estaba demasiado cansado, y tampoco quería que el perro se alterase. Giró el cuello hasta casi dislocárselo y miró de frente a la mujer, que, en cuanto los vio a él y al perro, aceleró el paso y se echó a un lado.

—¡Disculpe! —dijo el señor Lehmann cuando la mujer llegó a su altura.

Pero ella ni siquiera se dignó mirarlo; mantuvo la vista al frente y apretó los dientes cuando él le dirigió la palabra. Por su parte, el perro optó por mirar a otro lado como si la cosa no fuera con él.

—¡Espere! —exclamó el señor Lehmann—. Verá, tengo un problema, un problema que a lo mejor...

La mujer, con todo lo gorda que era, echó a correr y desapareció antes de que él pudiera terminar la frase. El perro gruñó satisfecho.

—¡Puto perro! —dijo el señor Lehmann girándose de nuevo hacia él—. ¿Harro?

El nombre no surtió efecto.

—¡Bello, Rüdiger, Fifí...! No, decididamente no tienes pinta de llamarte *Fifí*. *Kuddel*, *Sultán*... Cómo se llamaba ese perro... ¿*Otto*? —*Otto* era el nombre que él mismo le puso al perro de una tía abuela suya muerta ya hacía años, un perro salchicha de pelo largo que siempre iba en el maletero de la furgoneta; ya entonces, cuando el señor Lehmann solo era un tierno infante, lo odiaba con todas sus fuerzas—. *Blas*, *Hansi*, *Lassie*, *Basil*, *Guauguau*, *Pezuñitas*... —El perro no mostraba el menor interés—. *Cuchi*, *Chucho*, *Cucho*...

Harto de jugar a ese juego, el señor Lehmann desistió. Esto no tiene ningún sentido, y además llevo un pedo que me caigo, pensó. Bebió otro trago de la botella y dio un respingo.

—Que sepas que siempre he odiado a los perros. Desde pequeño, y mira que hace tiempo de eso. Los perros no son para la ciudad y, además, siempre me habéis dado miedo... ¡Eh! ¡Aquí! ¡Policía! —gritó el señor Lehmann con un hilo de voz al ver pasar un coche patrulla junto a la plaza.

Alzó la mano e hizo señas, pero el coche siguió adelante.

—Ya puedes estar contento —informó al perro—. Esos te habrían freído a tiros en un abrir y cerrar de ojos. Aún te crees que llevas ventaja, pero yo que tú me iba olvidando. Estratégicamente estás en clara desventaja. El hombre es superior a la bestia. Si tú fueras un lobo y yo un aldeano atolondrado que va arrastrando los pies por el bosque, puede que tuvieras alguna posibilidad. Pero estamos en la ciudad. Tarde o temprano vendrá alguien a ayudarme. Y a ti te llevarán a la perrera. Además, al contrario que los animales, el hombre se sirve de herramientas, HERRAMIENTAS, ¿has oído bien, mierdecilla? Esa es la diferencia decisiva, todo empezó con las herramientas, como esta botella, por ejemplo.

16

En cuanto cogió la botella, el perro empezó a gruñir.

—Podría estamparte esta botella en la cabeza. Te salva parecer tan viejo. Por cierto, hablando de edad, aquí donde lo ves, este es un whisky de doce años. Irlandés ni más ni menos. Debe de costar cuarenta marcos, puede que incluso más, qué sé yo. Erwin cobra seis marcos por dos centilitros, para que te enteres, aunque no somos muy estrictos a la hora de medirlo.

Cuando bebes alcohol de alta graduación, siempre acabas hablando por los codos, pensó el señor Lehmann. Se habla mucho y se dicen muchas tonterías..., hasta a los perros, que ya es el colmo.

Movido por la necesidad de hacer algo diferente, el señor Lehmann llenó de whisky el tapón de la botella. Justo cuando lo tenía delante de la boca para metérselo entre pecho y espalda, notó que el animal lo miraba con interés. Probó a mover el tapón hacia la izquierda y luego hacia la derecha, y vio que el perro lo seguía con los ojos. Tenía la boca abierta, la lengua colgando y jadeaba excitado.

—¡Ajá! Ya comprendo —dijo el señor Lehmann—. ¡Agua va!

Se inclinó hacia delante y lanzó el contenido del tapón, que aterrizó entre las patas delanteras del animal y formó un pequeño

charco que fue extendiéndose lentamente. El perro lo olió, recompuso su cuerpo informe y empezó a lamer el líquido.

—Puedo darte más si quieres —dijo el señor Lehmann derramando el whisky sobre la acera, que, gracias a una feliz coincidencia, registraba un ligero declive que favorecía que llegara hasta el perro—. Se nota que tienes costumbre —constató al ver que el animal apuraba ávidamente a lengüetadas el pequeño arroyuelo de whisky que discurría hacia él—. Tu amo debe de ser uno de los vagabundos de la plaza —dijo el señor Lehmann regalándose un buen trago.

Igualdad de oportunidades para todos, cualquier otra opción es injusta, pensó. Por un instante el perro lo miró con ojos vidriosos y luego siguió lamiendo.

—¡Ahora tú también estás medio grogui! ¡Madre mía, qué cogorza!

El señor Lehmann agitó la botella delante del animal, pero este ya no pudo reaccionar como antes. Siguió lamiendo hasta que se acabó todo y luego intentó levantarse.

—Ya no resulta tan fácil, ¿eh?

El señor Lehmann tomó un último trago. Envalentonado, salpicó con el whisky al perro y se incorporó sobre sus piernas temblonas. El perro hizo amago de acercársele, y cuando el señor Lehmann le acarició la papada con el pie, alzó tímidamente el morro y emitió un sonido gutural que quizá fuera un gruñido.

—¡Fuera de mi vista, cabronazo! —exclamó exultante el señor Lehmann apartándolo con el pie.

El perro le lanzó una dentellada, pero no alcanzó más que a morder el aire; ahora era mucho más lento. Lehmann se situó a un costado del animal.

—Anda, ven aquí si quieres. ¡Ven con papá, pedazo de salchichón!

El perro se repuso, se arrimó un poco y se apoyó en las piernas del señor Lehmann.

—¡Que te den, capullo! —profirió el señor Lehmann, pero cuando vio que el feo animal buscaba confiadamente sostén en él, no pudo evitar compadecerse.

Retrocedió un poco y el perro dejó caer despacio su corpachón hasta quedar tumbado de lado a sus pies. El señor Lehmann perdió el equilibrio, agitó los brazos y, cayendo sobre el animal, se fue al suelo, donde, no sin esfuerzo, logró evitar que la botella se rompiera.

—¿Puede saberse qué está haciendo?

El señor Lehmann alzó la vista y se encontró con dos policías. No los había oído llegar.

18 —Quitarme un perro de encima —dijo—. Nunca están cuando se les necesita. Me refiero a ustedes, no al perro. Ya me he encargado yo. Todo está bajo control. Gracias de todos modos.

—Está completamente borracho —dijo el policía que tenía más o menos la misma edad que el señor Lehmann.

—¡Haga el favor de levantarse! —dijo el otro, que debía de ser un poco mayor.

—No es tan fácil —repuso el señor Lehmann—. Todo ha sido por el puto perro. Mírelo usted mismo, aquí lo tiene.

Intentó sostenerse a gatas, pero entre que el perro no dejaba de moverse y que aún tenía la botella en la mano, la cosa se puso difícil. El policía más joven le quitó la botella de la mano y, de un tirón que el señor Lehmann encontró desmedidamente brusco, lo puso en pie.

—¿Es suyo el perro? —preguntó el otro con voz severa.

—¿Esa mierda de perro? ¡Qué va!

Avanzó hacia ellos tambaleándose e intentó coger la botella, pero los policías se lo impidieron.

—Se me encaró amenazante... No me dejaba irme a casa.

Los dos policías miraron al perro que, jadeando con la lengua fuera y mirando a la nada, había perdido por completo su fiereza. El más joven se puso en cuclillas y le acarició la cabeza. El perro intentó levantarse sin éxito.

—También está beodo —dijo el policía aún agachado.

—Estamos ante un caso claro de maltrato a un animal —dijo el mayor—. Es un delito punible. Señor, me temo que va a tener que enfrentarse a una denuncia.

—Por maltrato a un animal —recalcó el joven.

Hay que ver lo que se repiten, pensó el señor Lehmann. Qué manía tiene la gente de decir una y otra vez lo mismo.

—Pobre perro. Debería darle vergüenza. Mira que emborrachar a un chucho indefenso...

—¿INDEFENSO? —exclamó indignado el señor Lehmann—. Ha sido necesario, no he tenido elección... Ha sido necesario y punto —insistió el señor Lehmann, que estaba demasiado cansado para dar explicaciones—. Creo que con eso queda zanjada la cuestión.

Pero los policías, lejos de creerle, le pidieron el carné de identidad para tomarle los datos.

—Señor Lehmann, haga el favor de escuchar con atención —dijo el mayor—. Ahora mismo va a irse a casa. El perro se queda con nosotros. El maltrato a un animal es un acto cruel e infame. Yo, que tengo perro, no creía que nadie fuera capaz de esto... No cuente con volver a verlo nunca más.

—Eso espero —dijo el señor Lehmann.

—¿Puede saberse qué es lo que espera?

—No volver a verlo nunca más.

—¡Lárguese ahora mismo o no respondo!

El señor Lehmann se alejó con paso cansino. Al llegar a la Eisenbahnstrasse se volvió y vio cómo los dos policías llevaban a rastras al perro hasta el coche.

«¡Pobre animal!», oyó decir a uno de ellos. Entonces el perro salió de su letargo y le dio un mordisco. El señor Lehmann empezó a correr. Solo cuando hubo doblado la esquina se atrevió a reírse.